

Capítulo I

Las mujeres del naya: superación a una radiografía del miedo después de la masacre

Natalia Córdoba Claros*
Cindy Paola Zambrano Mosquera*

Introducción

Las historias de vida que aquí se describen tienen lugar en el Cabildo Indígena Kite Kiwe, un contexto altamente polémico y diverso, donde una serie de factores históricos de violencia se enlazan con otros de tipo político y cultural que configuran un panorama complejo dotado de memoria y la construcción de nuevos proyectos de vida.

Para recordar y narrar las voces de las víctimas del pasado conflicto armado en el departamento del Cauca se deben tener en cuenta los aprendizajes y los múltiples dilemas que emergen de sus experiencias, buscando reconstruir su memoria. Se espera que estas historias se conviertan en un espacio dinámico en donde sus versiones ocupen un lugar central en las narrativas.

*Fundación Universitaria Popayán
<https://orcid.org/0000-0003-0229-9387>
Saladoblanco, Huila, Colombia

✉ natiz-cordoba@hotmail.com
*Fundación Universitaria Popayán
<https://orcid.org/0000-0002-2740-3323>
Popayán, Cauca, Colombia
✉ zambrano-mosquera@hotmail.com

Cita este capítulo

Córdoba Claros, N. & Zambrano Mosquera, C. (2020). Las mujeres del naya: superación a una radiografía del miedo después de la masacre. En: Muñoz Balcázar, K. G. & Ordóñez, J. A. (Eds. Científicos). *Se Repara El Plan De Vida, Pero No El Corazón. Memorias De Violencia, Éxodo Y Reconstrucción Comunitaria De Las Víctimas De La Masacre De El Naya* (pp.13 - 52). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali, Editorial Fundación Universitaria Popayán.

La reconstrucción de la memoria es un proceso reflexivo, cualquier trayectoria supone recuerdos, deseos y múltiples experiencias que sustentan algunos de los porqués de los sucesos. Se trata de acontecimientos multicausados e indiferenciados que tienen como verdad inicial las condiciones propias que los producen, aunque luego sea imposible reconstruir científicamente su origen.

Las historias de vida han sido empleadas en diversas ocasiones para la reconstrucción de significados en perspectiva temporal, porque se focalizan en las formas de intercambio y circulación de la memoria en el interior de la cultura.

Recoge la expresión de lo colectivo a través del discurso de las personas, al punto que individuo y sociedad son a la vez repetición y creación. Además, la producción narrativa de la historia siempre produce una selección de acontecimientos del pasado en relación con el presente, que son organizados de acuerdo con significados cada vez actualizados, En la memoria colectiva, lo que se recuerda con el paso de los años es el significado de los acontecimientos por los que atraviesa un grupo o sociedad. (García, pág. 2005)

Posiblemente no se recuerda el dato, ni el hecho exacto de lo que pasó –que sí le importa a la historia–, sino lo que para una persona o un grupo representó o representa tal acontecimiento, que está fijado en puntos de apoyo que permiten su posterior recuperación.

La reconstrucción de memoria a través de historias de vida se ha constituido entonces en una estrategia que reconoce cualitativamente el significado de aquellos que han participado en el proceso. Sus bases conceptuales son diversas. En primer lugar, Vázquez, Félix. (2001) (en Molina, Nelson (2010, sp.) señala que:

[...] en cuanto los testimonios del pasado son cada vez más y sus interpretaciones son heterogéneas, se corre el riesgo de que las versiones se fijen como historia, lo cual denota una

lógica discursiva de las sociedades, comunidades o grupos, que controlan la contradicción y la divergencia, ratificando una organización funcional, lineal, de los vínculos humanos. Por este motivo, la memoria a través de historias de vida constituye una forma de resistirse a la unificación social a través de sus leyes, de sus procedimientos, dado que se centra en la recuperación de experiencias subjetivas en un marco simbólico específico, y no sólo de acontecimientos tipificados en lógicas de discurso institucionalizadas. Una vez más, se hace el señalamiento del papel que las ciencias sociales tienen en este proceso.

Portelli, (citado por Vázquez, 2001), expresa claramente las vertientes que sufre el testimonio personal cuando se construye memoria, y en sus palabras expresa:

El distanciamiento entre el hecho y la memoria, no se puede atribuir al deterioro del recuerdo, al tiempo transcurrido, ni a la edad avanzada de algunos de los narradores. Sí puede decirse que nos encontramos delante de productos generados por el funcionamiento activo de la memoria colectiva, generados por procedimientos coherentes que organizan las tendencias de fondo que incluso encontremos en las fuentes escritas contemporáneas a los hechos. Podemos añadir una última observación: conoceríamos mucho menos el sentido de este acontecimiento si las fuentes orales no lo hubieran referido de manera cuidadosa y verídica. El hecho histórico relevante, más que el propio acontecimiento en sí, es la memoria (pág. 83).

En el caso del estudio de esta comunidad indígena sobreviviente de una masacre se diversifican los testimonios de un hecho contundente, pero vividos desde experiencias propias a modo de interpretación personal, así se enlazan diferentes estrategias de sobrevivencia y las percepciones tuvieron de este hecho.

La narración no es necesariamente la historia objetiva y aglutinadora de hechos precisos, pero sí la historia tal como la presenta quien la narra, a lo largo de un período dado, se intenta captar las reacciones espontáneas de una persona ante determinados acontecimientos fundamentales de su

vida; es decir, aprehender una experiencia individual en la forma más natural y amplia posible (Aceves, 1998).

Cada historia, pese a ser una narración diferente, comparte elementos con otras, que permiten una identificación de colectividad.

Incursión paramilitar y éxodo

La región del río Naya es el hogar de comunidades afrodescendientes, indígenas y campesinas que arribaron a la zona de diferentes formas:

La gente afrodescendiente llegó como mano de obra esclavizada junto con el establecimiento del distrito minero de Barbacoas a finales del XVII; ocupan hoy las partes más bajas de la región (Díaz, 1994, p. 85; Mosquera & Aprile, 2001). La parte baja del río Naya, justo en su desembocadura sobre el océano Pacífico, la habitan desde tiempos prehispánicos núcleos de la etnia Eperera Siapidara.

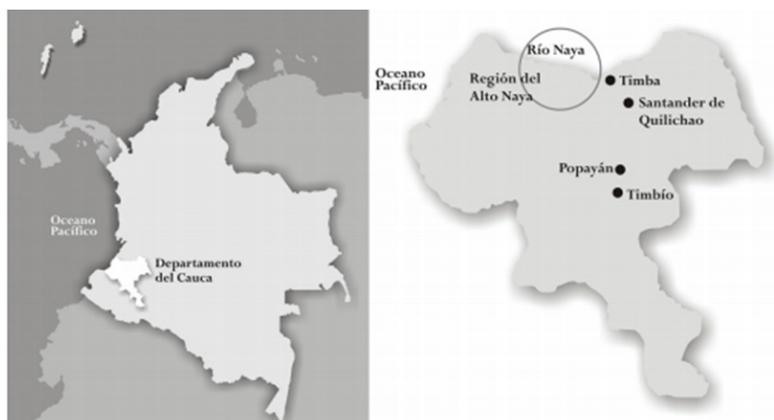


Ilustración 1 Mapa de Colombia y del Departamento del Cauca

En los años cincuenta del siglo XX llegaron a la parte alta del Naya familias de indígenas Nasa que huían de la violencia y la falta de tierras en el Cauca.

Este heterogéneo panorama étnico le imprimió a la región del Naya condiciones particulares de contacto intercultural.

Desde el año 1990, la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, (FARC), ingresó al territorio donde el control del mercado de la coca entró en disputa con la llegada del Ejército de Liberación Nacional, (ELN). Desde el año 2000, las Autodefensas Unidas de Colombia, (AUC), tenían presencia militar en la zona plana del Norte del Cauca y controlaban el acceso terrestre al Naya. Antes de la presencia de estas organizaciones armadas, la convivencia era muy placentera.

“En el Naya había un resguardo indígena y una JAC (Junta de Acción Comunal), era una vida muy tranquila... Estaba la Junta de Acción Comunal, que era la que impulsaba el proceso. La vida en el Naya, se podía vivir al lado de la familia, de los amigos”, narra una de las mujeres desplazada del naya.

En dicha región, hace más de una década, se perpetró la masacre del Naya. Durante los días diez al trece de abril del 2001, fueron desplazados aproximadamente doscientos pobladores de las veredas de Patio Bonito, El Ceral, La Silvia, La Mina, El Playón, Alto Seco, Palo Grande y Rio Mina en el Norte del Cauca.

Ellos fueron sometidos a brutales torturas, violentados y aniquilados. Cerca de 500 hombres de las AUC bloquearon el acceso a la zona y recorrieron el territorio, matando no menos de 40 personas, incendiando las casas, amenazando y obligando a huir a sus pobladores, abandonando todo lo que habían conseguido durante años. Los hechos fueron realizados por paramilitares al mando de alias “HH”, comandante del Bloque Calima de las AUC quien fue extraditado a los Estados Unidos y sometido a la justicia de ese país con el resto de altos jefes paramilitares por narcotráfico.

La incursión paramilitar afectó por lo menos quince poblados de la región, dejó más de tres mil personas desplazadas

y un número superior a 100 asesinatos. De esas víctimas asesinadas solo se han encontrado cerca de 45 cuerpos. Sus víctimas han manifestado públicamente que la intervención paramilitar fue alentada por sectores interesados en abrir la zona a la explotación minera.

Los desplazados huyeron hasta pueblos del Norte del Cauca y la mayoría de las víctimas, mujeres, niños y niñas, permanecieron meses hacinados en varios centros de acogida, pero paulatinamente la mayoría de la población, en una decisión colectiva de resistencia decidió retornar al Naya poco a poco. Actualmente la mayoría de las mujeres indígenas víctimas de la Masacre del Naya se encuentran reasentadas en el resguardo de Kite Kiwe, municipio de Timbío. De esta masacre y arremetida paramilitar, sólo han sido reconocidas por el Estado como víctimas 42 personas, frente a las 100 que fueron denunciadas por la comunidad. Hoy en día más de 50 personas de la región del Naya permanecen desaparecidas.

Las mujeres sobrevivientes a la masacre identifican que con la extradición de los comandantes paramilitares se está perdiendo la verdad. Aunque el Consejo de Estado responsabilizó por omisión y falla en el servicio a la Fuerza Pública por no evitar la incursión paramilitar, ordenando al Estado reparar a las víctimas por daños morales y alteración grave de las condiciones de existencia, la justicia penal no ha avanzado en las responsabilidades de otros autores intelectuales y superiores, como políticos departamentales y nacionales, militares y empresarios, pese a las declaraciones dadas por "HH" en el juicio seguido contra el Bloque Calima.

El desplazamiento forzado causado por la masacre fue masivo. La mayoría de sobrevivientes de la masacre fueron mujeres que quedaron viudas, estuvieron desplazadas durante tres años en la Plaza de Toros del municipio de Santander de Quilichao, en graves condiciones de hacinamiento. La violencia contra los pueblos indígenas si bien ha sido un proceso histórico que viene desde la Conquista de América,

no ha cesado, y los territorios que habitan actualmente aún siguen en disputa por la importancia geográfica y riqueza natural y mineral que contienen.

Los hechos de violencia se iniciaron con los asesinatos y amenazas a los líderes y lideresas de las comunidades. Durante el año 2000 el actor armado con mayor presencia y control en el territorio era el ELN.

La presidenta de la JAC, en octubre del 2000 es retenida por la guerrilla. No la dejaban salir de la zona. La guerrilla decía que como salía a Buenos Aires cada 15 o 20 días, que ella le daba información a las AUC. La sancionan y no la dejan salir del territorio. Dos meses después, asesinaron al gobernador del Cabildo y las mujeres y hombres líderes fueron amenazados y obligados a salir del territorio.

Una de las mujeres sobrevivientes a la masacre, cuenta como, el 12 de diciembre de 2000, la guerrilla del ELN asesina al gobernador del Cabildo: "Como a eso de las nueve de la mañana, más o menos, él estaba en un sitio llamado La Mina desayunando. De ahí lo sacaron y lo bajaron como unos 300 metros y en una cañadita lo mataron y le colocaron el bastoncito en la mano así pegado con una peña y un letrero que decía 'eso le pasa a los sapos'. El secretario alcanzó a volarse..."¹. Esa noche de la velación, la guerrilla fue a buscarla a la casa (a la presidenta de la JAC) pero ella estaba donde un hermano; le dijeron a la mamá que le daban un día para que se fuera. Tenían que sacar a los líderes de la zona; caminaron toda la noche. En El Ceral la sacaron en una camioneta, la mandaron para Silvia (Cauca) lejos de su familia.

Uno de los motivos de la incursión paramilitar fue para expulsar la presencia del ELN en esta región del Cauca. En este orden de ideas, el sentimiento colectivo de una comunidad como la de El Naya que vive en una zona de disputa territorial y convive entre el fuego cruzado sin la presencia efectiva del Estado, explica la necesidad de tomar

¹ Entrevista

partido por alguno de los actores en contienda, como medida de protección frente al contrario.

Impacto de la violencia y el nuevo territorio habitado

Los hechos que evidenciaron las mujeres del Naya marcaron su vida y la de sus familiares. La mayoría de ellas sale de una forma abrupta de sus tierras con el fin de salvar sus vidas y la de sus seres queridos, convirtiéndose así en un grupo de desplazados más del país. El reto principal que deben afrontar estas mujeres es el de la reconstrucción de su vida y su grupo familiar en tierras extrañas y ajenas en las que han vivido y crecido.

Para muchas de ellas y su grupo familiar la mayor pérdida es la del territorio. El pedazo de tierra, que para algunos significa riqueza, para ellos es su sustento diario, su "Pacha Mama".

Una integrante del cabildo manifiesta que la tierra es como la madre de uno, porque es el sitio de vida del ser, "para mí significó mucho dejar mi tierra". Con lágrimas en los ojos y nostalgia dice que lo que más extraña es la naturaleza, los animales, el río, el aire fresco, levantarse desde tempranas horas a ordeñar la vaquita, a cultivar la tierra, estos oficios la recargaban de energía, "en cambio acá donde vivimos el bosques es muy reducido y no puedo hacer las cosas que allá hacía con tranquilidad... Uno siente como que allá se le quedó el corazón, el alma toda la vida entera".

Como investigadoras llegamos la conclusión de que cuando el ser humano cambia de un territorio a otro, es lógico que siente el desarraigo, duele abandonar el lugar donde pasaron los mejores momentos, donde la alegría estaba presente, un lugar donde el amor, los hijos, la familia creció, es como la madre que se le queda en el sitio de origen y más aún cuando su salida es de una forma abrupta, rápida, solo con lo que se tiene puesto. Todo un sacrificio, un esfuerzo, que uno ha hecho durante todo un ciclo de vida, donde ya tenía un plan de vida, donde se han construido la mayoría de los sueños.

Por su parte, una víctima del Naya dice: "(...) Dejar todo lo que uno tenía, poquito pero que para uno era mucho, su casa, sus animales sus cultivos, dejar todo y la tierra allá. Acá también hay territorio pero la tierra de allá es incomparable a la de acá, una tierra muy fructuosa como para uno trabajar en la agricultura. Es una tierra con más calcio en su tierra que las de acá porque estas tierras de acá ya están explotadas, ya tienen un ácido y allá son unas tierras muy buenas. Es como si uno dejara un hijo o una mamá porque lo que más le duele a uno separarse de uno un hijo y una madre, una persona muy cerca de uno (...)”²

Otra integrante del Cabildo afirma: "(...) Salimos solamente con la ropa, como quien dice así, como estamos aquí así. Salimos, sin nada. Los que de pronto pudieron tener lo del pasaje, pero lo demás todo se quedó allá. Horas largas de caminata para salvar la vida de los que quedamos con el dolor de la pérdida de nuestros seres queridos, de nuestra tierra. Todo se queda, dejamos puertas abiertas y nos fuimos para arriba, los que tenían sus pollitos así criando se los iban llevando porque eso uno no puede salir para la finca si esa gente se riega, no puede salir uno ni a buscar, de resto todo se quedó, animales, todo se quedó (...)”³

El desplazamiento forzado no significaba simplemente la pérdida del territorio y de unos bienes sino que en algunos implicó la desintegración familiar, ya que unas personas no abandonaron la región, siguieron allí, viviendo en condiciones de precariedad e inseguridad.

La sensación del destierro para la población indígena del Naya implica la desconexión con sus vínculos ancestrales, que representan modos de vida y modos de entender la realidad. En el caso de las mujeres, cortar con esa relación implica asumir nuevas prácticas culturales y otros roles sociales en espacios desconocidos.

² Entrevista

³ Entrevista

Para muchas de las mujeres lo más duro es el sustento de sus hijos cuando estos son de corta edad. Las entrevistadas coinciden en que en su tierra del Naya no pasaban necesidades en cuanto a su comida porque ellas cultivaban plátano, arracacha, y se compartía con los vecinos. Donde están, la comida es escasa, la tierra no es fértil. Algunas personas, al comienzo, les tendieron la mano, pero con el pasar del tiempo todo comenzó a cambiar.

Algunas de las ayudas alimentarias que llegaron lastimosamente estaban vencidas como es el caso de la bienestarina, pero no habiendo más les tocaba comerlas. Muchos de los hijos se enfermaban por comer alimentos vencidos; empezaron a sufrir de enfermedades diarreicas agudas y vómito, pero tenían que comer: preferible eso que aguantar hambre.

Mujeres, hombres, niñas y niños víctimas del desplazamiento forzado se enfrentan a varios procesos de discriminación en los diferentes lugares de asentamiento, espacios donde en muchas ocasiones se les criminaliza y revictimiza.

La población desplazada, en su condición de discriminación, está expuesta a diferentes reacciones de las personas que habitan el lugar a donde llegan ya que existen diferentes prejuicios e imaginarios colectivos de esta categoría social que es más una condición construida desde la violencia del país y asociada también a la pobreza y la marginación de las comunidades rurales.

"(...) Al principio todo el mundo nos miraban con desconfianza; nos decían que éramos guerrilleros, que por algo nos habían sacado de allá, nos miraban con desprecio. Como también había mucha gente solidaria, nos llegaban ayudas en cuanto a remesa, botas, ropa pero para otros nosotros éramos el estorbo de ahí de Santander. Me acuerdo tanto que un día que eran unas ferias decían que 'por esos maldingos desplazados que están ocupando el coliseo no vamos a poder organizar las ferias' (...)"⁴

⁴ Entrevista

La Corte Constitucional, por ejemplo, utiliza la palabra desplazados. Este concepto lleva a la estigmatización de quienes se encuentran en esta situación que proviene de factores externos y que no hay una conciencia colectiva al dimensionar contextualmente lo que existe detrás en materia de vulneración a derechos humanos (Corte Constitucional, sala especial de seguimiento sentencia, t-025, 2004).

En este aspecto según la Guía de Orientación Psicojurídica a las Víctimas de la Violencia de la Defensoría del Pueblo (2007), el Estado debe garantizar acciones de atención para restablecer las condiciones físicas y psicológicas de las personas afectadas a la exposición de hechos victimizantes, pero muchas veces no se cumple y estas personas aún continúan con secuelas, lo que implica un costo emocional grave.

(...) La esperanza de vida que a mí me daban era muy mínima, porque supuestamente a mi familia le habían dicho que uno recuperarse eso era, mejor dicho, era un milagro. Pasé más o menos como unos seis meses que a mí me programaron para una cirugía. Yo no me quise hacer la cirugía. El día que me tocaba la cirugía me fui para el Naya, no me presenté. Como a los veinte días me tocaba un control y yo fui. Entonces el médico me dijo que por qué no había ido el día de la cirugía. Yo le dije, 'yo le tengo pavor de que me rajen un pedacito de mi cuerpo, yo no quiero quedar con cicatrices y entonces por eso yo más bien le hui a la operación'. Como que la vida mía está en el Naya, cuando fui al Naya fue como si hubiera vuelto a nacer. Era como que necesitaba ese oxígeno nuevo de allá" (...).⁵

Estos acontecimientos terminan por manifestarse física y emocionalmente. El miedo constante, la rabia, las enfermedades continuas y la sensación de un proyecto de vida destruido, forman parte de las consecuencias del desplazamiento. También son parte de un duelo cultural de quienes han sido despojados violentamente de sus raíces, su forma de vida y su cultura. Un territorio en el que la inseguridad y el miedo contrastan con la experiencia previa de las mujeres en sus territorios y aumentan la sensación de pérdida.

⁵ Entrevista

Los impactos de la violencia han sido tan marcados que muchas mujeres han requerido un acompañamiento psicológico y espiritual para tramitar sus duelos. No es fácil asumir la muerte y los horrores sufridos por sus seres queridos, así como la pérdida de los proyectos de vida por el desplazamiento forzado. Durante todo este largo proceso de sanación fue indispensable el acompañamiento de los mayores y su conocimiento ancestral, fueron ellos los encargados de transmitir amor, paz, reconciliación y un llamado al perdón a través de sus rituales de armonización, adoración a nuestra madre tierra, que impactaron positivamente no solo la vida de las mujeres sino a todo el resguardo en general.

(...) A mí me ha afectado todo eso de ver como mataron a mi marido. De ver como mataron la gente ahí en el Naya. De ver como sacrificaron los dos señores. La salida a mí me dio más duro porque yo no salí con ningún familiar, yo salí fue con mi hija, con mi nieta que tenía cinco añitos y que vio matar al abuelo y vio matar la gente ahí. Hace doce años y yo todavía tengo esto aquí grabado en la cabeza de ver cuando pisé los muertos, de ver que me tocaba pararme así para un ladito para no caerme abajo. De ver lastimosamente como estaba destrozada esa gente de allá del Naya. Yo todavía estoy con psicólogos porque todo eso me ha afectado a mí y sigo afectada de eso (...)⁶

Las afectaciones de las víctimas se mueven en el plano de lo personal y lo colectivo. Es particular en estos escenarios de conflicto el interés de los actores armados por romper con toda expresión comunitaria que permita procesos de unidad para la reclamación de los derechos. El asesinato de los líderes y lideresas y la fragmentación de las familias son los instrumentos utilizados para romper el tejido social.

(...) Pues para nosotros, organizativamente, con la muerte del gobernador ahí se puede decir paró un proceso, porque ya los demás que como que trabajábamos con él nos tocó abandonar también la región. La comunidad quedó ya como se dice una comunidad huérfana porque no había quien tomara el liderazgo, quien dijera "bueno, vamos hacer esto

⁶ Entrevista

o hagamos acá”, porque no había quien nos guiara. O sea, se desintegró tanto la comunidad como las familias. Hubo muchas familias que salieron y no pudieron reunirse todos, porque el uno se iba para Planquisa donde un amigo porque no quería vivir allá en ese coliseo de ferias, que uno dormía y el agua le corría por debajo de las costillas. Entonces mucha gente buscaba de pronto irse a pagar un arriendo o donde un amigo. Hubieron (sic) familias que pasaron por ahí hasta por unos tres meses. No se sabían si eran... del mismo núcleo familiar, porque el uno estaba por allá, el otro por Jamundí, el otro en Timba, el otro en Santander, en Corinto. Entonces eso se generó una distanciamiento, una rotura familiar y comunitariamente (...)⁷

En el caso específico de las afectaciones de las mujeres, el testimonio colectivo da cuenta de un proceso marcado por las condiciones históricas de discriminación, a los que se suman los eventos tras la reubicación en Santander de Quilichao. Así como nuevas manifestaciones de rabia y agresividad no solo de los varones cercanos (esposos, padres y hermanos), sino también por parte de otros con quienes comparten y cohabitan en el nuevo espacio.

(...) Los hombres de por sí, yo digo que ellos han sido valientes y sobre todo nosotras como mujeres en este caso fuimos valientísimas. Pero los hombres han sido como que si pasan las cosas y ya, como que se les olvidó y ya, yo los notaba así. Eran rústicos conmigo, conmigo era ‘¡vea, vaya!’, y con gritos. Yo lo único que quería decirles era no griten, no me griten. Otras compañeras decían, ‘ve, este, por qué me grita’. Comenzaban pues los conflictos, porque los gritos venían de los hombres hacia las mujeres. Muchas no estaban acostumbradas a que otro señor que no fuera el marido o el papá las vengan a gritar. Claro, ellas se enojaban. Esas eran las peleas diarias ahí, pero eran por los gritos de los hombres. Comenzando del quehacer, del diario del almuerzo y las mujeres nos fuimos volviendo, uno diría, acostumbrándonos a aguantarnos eso (...)⁸.

⁷ Entrevista

⁸ Entrevista

Las mujeres en muchas ocasiones optan por callar y “seguir aguantando”. Permanecer en silencio representa para ellas una estrategia de protección para sí mismas y para su familia. La precariedad de condiciones para la tramitación de los duelos, el miedo continuo y la permanente sensación de estar en peligro, se acompañan de la incredulidad para construir nuevas relaciones afectivas con hombres. El miedo y el dolor también se trasladan a este espacio de la vida de las mujeres, recreando de esta forma el impacto que sufre el proyecto de vida femenino en escenarios de conflicto armado.

(...) Lo único que digo es que hace diez años, voy a decir a todas las mujeres que están aquí, hace diez años que perdí a mi esposo. Voy a decir que soy cobarde, pero en diez años a mí me da miedo, me da miedo volver otra vez a recuperar otra vez mi hogar, me da miedo conseguir otro hombre. De que yo vuelva a tener otro hombre sabiendo que el que yo tenía era el primero ya para mí, el primero era mi hombre, mi marido, mi esposo. Para yo volver a conseguir otro, a mí me daría mucho dolor, me daría mucho miedo. Entonces eso se lo puedo decir a cualquiera, se lo puedo decir a los psicólogos. A mí me da miedo volver a relacionarme otra vez con otro hombre (...)⁹

(...) A mí me da mucho miedo, me da mucho temor yo tener que volver otra vez a que mi cuerpo lo use otro que no era mi marido. Entonces esas son cosas, como le digo, –dice Calixta viuda hace once años–. Para mí no se me llega esa cosa, como yo de tener un hombre (...)¹⁰

Los testimonios de las mujeres dan cuenta de cómo aun aquellas que regresan con sus compañeros sufren afectaciones en sus relaciones de pareja. La vida íntima y los procesos familiares se ven trastornados al tener que compartir el espacio sin privacidad, y las experiencias de vida colectiva en los lugares de albergue.

⁹ Entrevista

¹⁰ Entrevista

(...) Había una familia que el esposo llegaba pues borracho, jay que pecado!, y se ponían a tener la relación. Entonces prendían la luz y todo eso se miraba, claro, hacían bulla y los vecinos de enseguida pues se le levantaban a mirar porque estaban en la acción y eso afecta mucho también. Además a uno qué ganas le van a dar a ahí, claro, con esa sensación de que lo vayan a ver los vecinos, los hijos. Fuera de eso, si la mujer no cedía, le pegaba o tenía agresiones, entonces ella tenía que ceder (...) ¹¹.

Las expresiones de violencia se exageran, se expresan y tramitan en lo público. El consumo de alcohol por parte de algunos hombres en ese estado está asociado al maltrato a las mujeres y es un indicador del deterioro de la convivencia, la salud mental y la propia violencia contra las mujeres.

(...) Lo que viví cuando estaba allá se me multiplicó más acá, porque cuando nosotros salimos del desplazamiento él no se adaptó y no se sacrificaba por salir a delante y se dedicó mucho a tomar. Él se dedicaba a eso y usted sabe que para la persona también que le gusta, allí donde él empezó a tomar mucho y llegaba así borracho a obligarla a uno y uno no quería y ahí él le pegaba a uno. O sea, muchas veces, más en palabras, entonces yo le decía pues que respetara, porque ya teníamos así niñas, ya estaban como de doce años, de once años. Allá en Santander se daba eso, porque yo creo que pues él en sano juicio no lo podía hacer y allí pues perdía la vergüenza, pero uno de mujer le tocaba. Uno ahí se daba cuenta de todo. Había otra familia, había otros jóvenes que recién se estaban ajuntando, qué pecado, entonces, se ponían en la acción y la abuela los regañaba públicamente (...) ¹²

Las huellas de la masacre y el desplazamiento forzado se conservan de manera traumática en la memoria de las nuevas generaciones. Las niñas y niños sentían miedo y peligro con ver simplemente un uniforme, en este caso portado por miembros de la fuerza pública o de la policía aunque no fueran los autores materiales de los hechos de violencia.

¹¹ Entrevista

¹² Entrevista

(...) Lo que más me dolía era ver los niños. El mal que ellos tenían en su mente era de solo ver un uniforme. O sea mirar un policía, un soldado era para ellos terrible. Los niños se escondían, corrían. Mi hija, apenas veía así alguien uniformado decía '¡mami escondámonos que nos vienen a matar!'. Se metía debajo de las camas, donde ellos pudieran esconderse. O sea, el temor de ellos era terrible. Pues uno de adulto, aunque no era fácil, lo asimilaba más rápido, pero los niños no porque ellos sentían ese temor. Un día los líderes le dijeron a la policía y al ejército que por allá no se acercaran, por seguridad, porque los niños les tenían mucho miedo (...)¹³.

Organización, crecimiento e identidad

Estas situaciones terminan dibujando un cuadro que pone a las víctimas, y especialmente a las mujeres, en una situación de extrema vulnerabilidad frente a nuevas violencias, y teniendo que afrontar la constante amenaza de peligro y la búsqueda de una reparación de los derechos conculcados.

(...) Por medio de los problemas, dificultades, nosotras nos hemos superado gracias a Dios. A veces yo pienso que desde el desplazamiento ha sido como para bien, en lo personal yo respeto todo lo que pasó allá, pero en últimas me ha servido primero porque acá yo ya me siento como en una organización. En el Naya la vida pero éramos muy desarticulados, mientras acá estamos aprendiendo a vivir como en unidad. Uno como que ha recuperado muchas cosas que debe tener uno como pueblo indígena (...)¹⁴

En el caso de las mujeres indígenas se observa cómo desde lo étnico se han venido creando escenarios de participación aun con perspectiva de género. La apertura a procesos organizativos desde lo indígena, sumado a la apuesta de los grupos feministas, han permitido esa apertura. Se da también una afirmación de la identidad indígena asociada a la capacidad de resistencia como mujeres.

¹³ Entrevista

¹⁴ Entrevista

(...) Uno aprende en este proceso que uno hasta se desgasta. Yo nunca me imaginaba que uno organizado podía crecer en autonomía. De una organización como la indígena lo que más resalto es que nosotras, casi la mayoría, pues no sabía si era india, si era gringa o si era campesina o qué era. Al organizarme me di cuenta que yo era indígena. Claro yo pienso que sí, porque nosotras las mujeres tenemos más la capacidad de asimilar, como de superar los problemas, porque ya sabemos que nosotras somos capaces de tener un hijo, ahora cómo no vamos a ser capaces de superar problemas (...)”¹⁵.

Estas mujeres han encontrado en los procesos organizativos una estrategia de afrontamiento personal y colectivo, que ha permitido no sólo empezar a reconstruir el tejido social, sino el fortalecimiento de la identidad que sentían cada vez más desdibujaba. La solidaridad, además de ser un sentimiento que se desarrolla desde la organización, es un instrumento de protección frente a la violencia, la pobreza y la incertidumbre.

(...) Pues en el caso mío yo me siento contenta pues ya me he adaptado aquí. ¡Qué más puedo hacer!, porque volver al Naya..., ya no tengo tierra allá. Yo me siento contenta porque en el Naya no vivíamos así organizados como aquí. De pronto podemos vivir organizados. Uno aprende como a vivir así en esa unidad, como pues sintiendo a veces la necesidad de la otra persona... Si a una persona, pues un amigo, un vecino, una vecina le está pasando algo pues uno también como que se compadece, sentir el mismo dolor que le pasa al otro. Pues estoy aquí amañada en este territorio y de aquí creo que ya no me iré. Me metí un poquito más en lo que es de los derechos humanos. Aprender de las mujeres. Yo empecé a darles las charlas a las mujeres de lo que yo me enseñaban, yo se lo explicaba a ellas y ellas todas se sentaban. Allí no tocaba llamarlas, ni ir las a buscarlas al cambuche. Todas llegaban y decían, ‘Ay, tan bueno que usted habla, ayúdenos’. Entonces así comencé, (...)”¹⁶.

Explica Saturnina Imbachí, líder del cabildo Kite Kiwe.

¹⁵ Entrevista

¹⁶ Entrevista

Incluso las mujeres expresan que tras el desplazamiento forzado lograron en algunos casos adquirir derechos que en sus lugares de origen les fueron negados. Esta deconstrucción del orden social supone en ocasiones una oportunidad para la transformación cuando las mujeres, como en este caso, se organizan para cambiar sus vidas. Los procesos que afrontan en el marco del desplazamiento se constituyen como una oportunidad de resarcir los derechos que históricamente se les habían negado. "(...) Yo en el Naya ni había terminado la primaria y a raíz de todo esto hice el bachiller, hice un técnico y pues ahorita estoy trabajando. Entonces yo digo que sí se puede en medio de lo que le haya pasado a uno, sino que hay que tener ese espíritu de hacer algo (...)".¹⁷

Para enfrentar la masacre y el desplazamiento las mujeres crearon oportunidades para fortalecer objetivos comunes frente al restablecimiento de los vínculos identificarlos como pueblos y mujeres indígenas.

(...) Desde que estábamos en los albergues dijimos donde nos reubiquen, primero que los profesores sean de la comunidad. La idea es seguir fortaleciéndonos en eso porque yo pienso que la idea de la educación es como una estrategia de supervivencia para los pueblos. A nivel de toda la organización del movimiento también se está tratando de consolidar lo del SISBEN para la salud y nuestro SISPI (Sistema Indígena de Salud Propio e Intercultural) indígena que eso es como el fortalecimiento dentro de las comunidades O sea darnos identidad, volvernos a recuperar en eso. En cuanto a la medicina propia, yo pienso que como organización es muy interesante, porque de acuerdo a nuestra cosmovisión se dice que cuando nosotros como indígenas cada tres meses debemos estar haciendo las armonizaciones para que no haiga un desequilibrio (...)".¹⁸

Reparación colectiva y superación de la marginación

Aunque existen dificultades para que las mujeres indígenas identifiquen qué es la reparación, sí logran precisar que las políticas orientadas a la reconstrucción del tejido social y

¹⁷ Entrevista

¹⁸ Entrevista

el reconocimiento a las víctimas deben diseñarse y estar dirigidas sobre todo hacia lo colectivo. Esta dimensión colectiva está asociada a los planes de vida de las comunidades y mujeres indígenas.

(...) Reparación, a veces esa palabra como que lo piensa, pues con el respeto, esa palabra es como si se fuera a reparar algún objeto o no sé, una bicicleta. Bueno yo diría que de acuerdo a lo que el gobierno viene planteando sería que nosotros como pueblos indígenas, que haya unas medidas pero colectivas, que sea colectivo y de acuerdo al plan de vida de cada pueblo. Tenemos, que desde ahí es que uno puede recuperar lo que uno ha perdido, pensaría que haya algo pero colectivo (...)¹⁹

Explica Fermina cuando se habla de las políticas públicas que benefician a esta población.

Como desplazadas que perdieron sus tierras y sus haberes, la restitución de esos bienes y de la tierra es parte de sus condiciones de vida materiales, su cultura e identidad. Si bien el retorno al lugar para algunas de ellas no es una alternativa viable, la reparación colectiva debe ofrecer alternativas para recuperar esa vida en los territorios concertados con las víctimas.

Esto implica el cubrimiento de las necesidades y los mínimos vitales.

(...) Entonces para mí es una casita, y ojalá tierra suficiente, así como tenía en el Naya. Suficiente en donde uno trabajar. En donde tener lo que se dijo, agricultura aparte. Tener como bestias o vaquitas, tener un potrero suficiente y como quien dice tener donde que anden los animalitos, las gallinas, marranitos porque eso era lo que teníamos allá en el Naya, porque allá había comida suficiente para tener marranos, gallinas. Eso sería que tal vez por esa parte, me sentiría un poco alivio, porque todo lo que se perdió allá, es difícil recuperar, pero de pronto, confiando en Dios, él nos puede ayudar y recuperar las pérdidas (...)²⁰.

¹⁹ Entrevista

²⁰ Entrevista

Resolver la situación jurídica de los territorios indígenas también es una demanda de las mujeres. La legalización tanto de los territorios nuevos como de los usurpados es una medida de rehabilitación señalada por las mujeres.

Así pues ellas explican que lo más importante en este momento es que el territorio, el Kite Kiwe, sea legalizado como cabildo. Igualmente, exigen que el Naya, como territorio colectivo, se reconozca como parte de sus tierras ya que es el más grande que puede existir en la comunidad.

Además, las mujeres piden facilidades para el acceso a las medidas de reparación. Desde la diferencia cultural y las condiciones de marginación social que viven las mujeres indígenas de forma que no se conviertan como frecuentemente sucede en nuevas formas de victimización.

(...) Yo quiero que la reparación mía sea legal, que sea cierta, que no nos enreden con tanta cosa, con tanto papel, con tanta cosa, con tanta mentira. Porque yo ya llevo diez años con tantas mentiras que he escuchado que 'vaya aquí', que 'vaya allá', como cuando me mataron a mi marido. Cuando lo mataron en el Naya nos pusieron a voltear en tanta oficina... Que yo llegue y que me digan, 'bueno, doña, usted es la señora que va a tener su vivienda, sus animales no va a tener su marido porque nosotros no lo podemos revivir', pero que de todas maneras se vean las ayudas. Yo ya llevo diez años con 'reparaciones' y nada (...) ²¹.

El respeto del derecho a la vida para los líderes y lideresas, es otra demanda como una mínima garantía para el ejercicio de los derechos humanos. "(...) Yo diría ahí que pues por lo menos, que cuando uno sale a hacer gestiones, o sale a esas ruedas de prensa, mire, que es cuando uno toma un liderazgo, que al menos se les respete la vida (...)" (verdad abierta, 2013, Parr. 93).

También la verdad es importante para las mujeres: "(...) Reclaman el derecho a saber por qué ocurrieron los hechos, pero se trata de una verdad no sólo frente a lo ocurrido en

²¹ Entrevista

la masacre en sí, sino que se puedan determinar las causas estructurales de la incursión paramilitar (...)” (verdad abierta, 2013, Parr. 94).

Es necesario que se cuente y se diga realmente el por qué la incursión. Por ejemplo, decir había oro, había plata, porque el territorio es rico en muchas cosas. El tema de la biodiversidad del territorio hablándolo allá en el Naya, se está quedando muy quieto, porque los paramilitares sólo están diciendo, “es que nosotros íbamos a crear el Bloque Calima, el Bloque Pacifico” (verdad abierta, 2013, Parr. 95).

Que también se cuente la verdad de las personas que tiraron en el abismo porque nosotros siempre lo hemos dicho. Por ejemplo, yo cuento mi verdad, la que yo vi, la que yo sé hasta el sitio donde yo estaba. Pero mis otras compañeras, mis otros compañeros, han dicho que más abajo en tal parte había ropa, botas, había cosas, había malos olores. Entonces, mire que esas cositas no se iban quedando en estas versiones pasadas. Entonces lo que queremos es que digan si en tal parte, o por lo menos que se acuerden entonces esa parte de la verdad.

La garantía de la no repetición pasa para estas mujeres por la salida de los actores armados, legales e ilegales de las zonas donde habitan los civiles, así como la erradicación de los cultivos ilícitos por ser una de las causas de la violencia. Una propuesta para garantizar la paz en sus territorios.

(...) Pues como para que no vuelva a pasar... aunque será un poco difícil, pero yo creo que nunca imposible, que es que los grupos armados se salieran del territorio. La dimensión colectiva de la violencia contra las mujeres en el territorio donde vive la población civil. Porque gran parte de esas masacres, sobre las muertes selectivas que hubieron, yo creo que ha sido por culpa de los grupos armados, llámese guerrilla, llámese ejército, llámese policía, llámese bandas criminales, lo que sea, todo lo que es con el tema de las armas. Limpiando nuestro territorio de esas utilidades de armas, creo que la comunidad vendría teniendo un poquito de seguridad porque la violencia ha venido es por el uso de las armas. Lo otro que yo digo es que también los cultivos de ilícitos eso atrae

mucha violencia. Entonces en las comunidades ya se está llevando también este tema y se está dejando el trabajo a las autoridades. A la misma comunidad decirle si usted trabaja con coca ya no lo hagan, busquemos proyectos productivos, busquemos otra cosa, otra forma para sacar la familia (...) (verdad abierta, 2013, Parr. 97).

Historias de vida de las mujeres desplazadas del cabildo Desaparición forzada de su padre una historia que se repite

María Eugenia Ramos Pavi

Llegó al Naya hace muchos años con sus padres. Para aquel entonces su padre tenía el cargo de Gobernador, siendo destacado por su arduo trabajo en la construcción de dos colegios para las zonas de Rio Mina y la Playa. Su principal objetivo era el de beneficiar a la comunidad que para ese entonces habitaba en el sector, mientras tanto María Eugenia continuaba trabajando en las tierras de su familia.

Para María Eugenia, la lucha empezó hace mucho tiempo, junto con sus diez hijos y su esposo, este último fue recluido hace tres años por calumnia en el Centro de Armonización Indígena Gualanday región ubicado en el Resguardo Munchique los Tigres de Santander de Quilichao.

Un acontecimiento que marco la vida de María Eugenia y su familia fue la desaparición de su padre por parte de bandas delincuenciales. Había muchas versiones para su entrega pero finalmente nunca se concretó nada y finalizaron su búsqueda, pues para ese entonces ya había ocurrido la masacre del Naya y ellos ya no se encontraban en la zona, sino que habían sido reubicados en la Plaza de Toros del municipio de Popayán, Cauca.

Años después recibieron la noticia de que su padre estaba vivo y había estado secuestrado por más de trece años por parte de la guerrilla; lleno de enfermedades y dolencias busca a su familia para pedir ayuda, pero finalmente sin ayuda de

sus hermanos y su madre, María no puede hacer nada por él, acontecimiento que marcó su vida para siempre.

María recuerda con una sonrisa en su rostro los 18 años que vivió en compañía de su familia en el Naya, pero en el momento que habla de la masacre sus gestos cambian. Recuerda con mucha tristeza el día de la masacre, pues ella salió en compañía de su esposo e hijos y se internaron en la selva durante 8 días al sol y al agua. Narra cómo cocinaban en las noches, pues si lo hacían en el día el humo los delataba y podrían ser detectados por los paramilitares que se encontraban aun en la zona de la masacre. Su esposo salía en búsqueda de yucas, plátanos y otros enseres que les sirvieron de sustento por esos días, pero como en ese sitio hacia demasiado calor el olor de los cuerpos que lastimosamente asesinaron se extinguió por la zona. Esto los llevó a salir rápidamente en busca de ayuda, pues al momento de salir del Naya, María se encontraba en su primer mes de embarazo de su séptimo hijo.

Reubicados en la plaza de toros, María Eugenia recuerda con mucha tristeza el tiempo que permanecieron en ese lugar. Para aquel entonces se encontraba con sus seis hijos, siendo una lucha muy dura, sin tener nada que comer. Les tocaba a las mujeres, en muchas ocasiones, trabajar en la cocina y después en otros oficios durante un año, tiempo que permanecieron en la Plaza de Toros.

Tiempo después los reubicaron en la vereda Laguna del municipio de Timbío, Cauca. Para María todos los sufrimientos habían terminado. Las personas que ya vivían allá los recibieron muy bien; ella podía cocinar, alimentaba a su familia, pero de un momento a otro todo cambió a humillaciones, desprecios, lo que llevó a María a alejarse con su familia de la vereda por más de ocho años.

Cuando María Eugenia regreso a vivir nuevamente a la vereda Laguna, su hijo Luis Alfonso desapareció en el Naya. Recuerda cómo un domingo a las cinco de la mañana él

salió en busca de nuevos rumbos al municipio de Santander de Quilichao, pero nunca más volvió a saber nada de él.

Como madre cabeza de hogar es muy duro salir adelante en compañía de sus hijos, aunque ella cada día trabaje en el campo, arregle viviendas, no puede subsistir con todos los gastos en especial el estudio a sus hijos. Aunque hay muchos vecinos que le ayudan con alimentos, no puede evitar sentirse mal y llorar en los momentos de angustia y desesperación.

María Eugenia tiene claro que los desplazamientos son muy duros; que vivir amontonados no se lo desea a nadie y recuerda cómo vivieron otro momento difícil y fue que muchas personas se aprovecharon de su vulnerabilidad, entre ellos un docente de la escuela donde estudiaban las niñas, quienes fueron víctimas de violación por parte de un maestro de la institución quien actualmente se encuentran recluido en la cárcel de la ciudad de Popayán, Cauca.

En la actualidad María sigue trabajando para conseguir el bienestar de ella y su familia. Se considera una mujer luchadora, trabaja con un proyecto de café, y aunque tiene muy claro que no es fácil salir adelante sola, el amor por sus hijos le da la fuerza para levantarse y continuar en pie de lucha.

Deja un mensaje muy claro a las mujeres que lean su historia de vida: que luchen cada día, que como mujeres nos valoremos y trabajemos dignamente, superándonos, preparándonos y no acabando con la vida como muchas mujeres.

Se levanta cada día con la firme convicción que para ella y su familia va a llegar cosas mejores.

El dolor de una madre en la distancia

Rosa Elena Ipia

A diferencia de otras historias de las mujeres, Rosa Elena Ipia no presencié la Masacre ya que residía en El Ceral, pero su hijo Jesús Antonio Ipia decidió irse a trabajar al Naya y vivía con un tío.

Ocho días después llegaron los rumores de que los paramilitares se estaban desplazando hacia el Naya. Luego, Irma, la hermana de Rosa, le informó que habían asesinado a Antonio. Ella, junto a algunos vecinos, emprendieron camino al Naya en busca de los cuerpos de sus seres queridos y en el transcurso llegó el Ejército a El Ceral. Les informaron que no podían ir al Naya porque los paramilitares ya venían saliendo. En helicópteros fueron sacados los cadáveres y llevados hasta Timba.

Días antes de la Masacre unos amigos le pidieron el caballo prestado a Jesús Antonio porque se iban a Concepción, Cauca, a pescar y que en la noche se lo regresaban. Él tomó la mula y se fue a Alto Sereno, a la casa de don Guillermo por unos venenos para fumigar una coca. De regreso a casa se encontró a unos paramilitares que le pidieron que se regresara por agua; él hizo tres viajes con pomos de agua e hicieron agua dulce, le dijeron que se perdiera. Antonio regresó a la casa, pero por cosas de la vida volvió a pasar por el mismo camino y los paramilitares le reclamaron que le habían dicho que se perdiera, que por qué había ido nuevamente y, estando subido en la mula, lo asesinaron.

Su cadáver, junto a muchos más, permaneció amontonado durante varios días hasta que el Ejército los llevó a Timba. Lo reconocieron por las botas que siempre portaba para trabajar. Fue velado y enterrado en Timba, doña Rosa cuenta que sus familiares no la dejaron ir al cementerio a enterrar a su hijo ya que estaba muy mal.

Con lágrimas en los ojos doña Rosa lamenta no haber contado con los recursos económicos para ir por los restos de su hijo, cuando le notificaron que iban hacer exhumados, continúa llorando angustiada de pensar que los restos de su hijo fueron quemados.

Rosa perdió otro hijo a causa del conflicto armado en Colombia. En su corazón está el vacío de la ausencia de dos seres amados. A pesar de que ya son quince años de la Masacre del Naya es inevitable que llore y se quiebre su voz al recordar a uno de sus hijos. Con nostalgia narra su historia, la de una mujer luchadora, perseverante y con todas las ganas de seguir trabajando con la tierra y rodearse de mujeres, con grandes pensamientos y energía positiva, que trasforman su dolor en amor, que al igual que ella han vivido las secuelas de la violencia que aún azota a Colombia.

Diciembre mes del calvario

Josefina Sánchez – Fecha de nacimiento: 24 de abril de 1956

Josefina Sánchez, nacida el 24 de abril de 1956 en Santander de Quilichao, Cauca, recuerda como en el mes de diciembre empezó el calvario para su familia y en especial para ella. Su hermano, José Elías Troches, y quien para ese entonces era Gobernador del resguardo fue asesinado por parte de la guerrilla en la lucha por su territorio, por la comunidad que lo vio nacer y convertirse en el hombre quien se esmeraba por la igualdad hacia ellos.

Sus padres nacieron en Jambaló, pero a causa del conflicto armado les tocó abandonar sus tierras y trasladarse a otro lado, llegando a El Ceral, corregimiento de Buenos Aires, Cauca, donde primero murió su padre y tiempo después su madre.

Josefina, para ese entonces, ya vivía con su marido y tenía sus dos primeras hijas. Su hermano le hizo la propuesta de irse a vivir al Naya donde él tenía una finca, puesto que ellos vivían con la hermana de doña Ana y decidieron marcharse

para allá cuando ella tenía 20 años y su primera hija, año y medio. Llegaron al Naya, con esfuerzo, trabajo y dedicación consiguieron una finca que trabajaban con su esposo, la cual fue su hogar durante 20 años.

El día de la masacre fue un miércoles 11 de abril del 2001. La gente rumoraba que los paramilitares ingresarían a sus territorios y los matarían a todos pero ellos no creían que fuera verdad, pues vivían muy lejos y sería imposible que entraran a un territorio tan alejado. Pero una mañana, un habitante del Naya pasó por la casa de Josefina avisando que habían llegado los paramilitares y que cada uno buscara refugio.

Doña Josefina, quien estaba en compañía de su esposo e hija, y ese día estaba cumpliendo un mes de dieta, observó que sí era verdad el rumor y los paramilitares ya habían invadido su territorio; salieron en busca de protección con su familia.

La bulla empezó y la gente empezó a gritar. Ellos nunca salieron de la casa; los paramilitares sí trataron de ingresar, pero afortunadamente no lo hicieron. Cuando ellos se dieron cuenta empezaron a subir la montaña y se escucharon los tiros.

En la masacre murieron aproximadamente 100 personas, pero sólo encontraron 40 cuerpos porque los otros fueron arrojados a los abismos.

A las cuatro de la tarde un trabajador llegó a casa de Josefina y les aviso que debían desalojar. Esa misma noche salieron en sus caballos, toda la familia, dejando todo, finca, casa, ropa y con el miedo de que en el camino se encontraran a los paramilitares y los asesinaran. Por fortuna no fue así, pero sí, lamentablemente, en el camino se encontraron con el cadáver de un habitante del Cabildo.

A las diez de la noche aproximadamente llegaron a la casa de Matilde una habitante del Naya, a su esposo quien no tenía papeles le toco irse montaña arriba y separarse de su familia, emprendiendo un recorrido que duro aproximadamente ocho días a pie.

Doña Josefina con sus hijas y nietas siguieron el camino sin su esposo, llegando a Timba donde los estaba esperando el Ejército Nacional para ubicarlos en la Escuela de la localidad. Pero con el transcurso de las horas se dieron cuenta que ese lugar tampoco era seguro y decidieron trasladarlos a Santander de Quilichao, periodo que duró tres años.

Santander de Quilichao y, donde doña Josefina vive actualmente, Vereda Laguna, son muy similares: en los dos sitios se viven necesidades, agua, comida y lo necesario para vivir dignamente.

En el Naya todo lo tenían, la tierra era fértil, pero donde viven actualmente no. Desde que salieron del Naya todo ha sido duro; los niños han sido los más afectados con la violencia, a sus hijas les tocó irse por meses a otro lado a trabajar, y a doña Josefina quedarse con los niños para que sus hijas y su esposo pudieran ir a trabajar y enviar dinero de vez en cuando.

Josefina se describe como una mujer valiente. Se siente afortunada de haber salido completa con su familia del Naya, pero es inevitable no sentir tristeza cuando recuerda ese día que cambió la vida para muchas familias; resignada empezó de nuevo con su familia, obteniendo su actual casa después de una tutela que le impusieron al Gobierno y a pesar de las humillaciones por parte de la misma comunidad.

Después de un tiempo doña Josefina regresó al Naya, pero no soportó el dolor y no quiere volver, sólo quiere que le sea devuelta la tierra para trabajar, pues recuerda cómo abandonó su finca en el Naya que por tantos años le dio de comer a ella y a su familia.

La convivencia en el Naya era muy diferente: para visitar a alguien tenían que caminar hasta dos o tres horas, pero acá todas las fincas son cercanas y hace que haya más conflictos entre los integrantes del Cabildo.

En la actualidad doña Josefina vive con su esposo, su hija y sus nietos en una pequeña finca que le otorgó el gobierno. Sigue siendo la mujer luchadora, aguerrida y quien en compañía de su familia sigue en pie de lucha para que le sean respetados sus derechos.

El éxodo para salvar sus vidas

Teresa Eugenia Muñoz

Para Teresa Eugenia Muñoz es muy duro recordar su vida en el Naya. Después de tenerlo todo quedó nuevamente con sus manos vacías. Recuerda como en compañía de su esposo y sus cuatro hijos vivían en su finca, rodeada de animales, agua, vegetación, llevando una vida cómoda y tranquila.

Pero recuerda con dolor y angustia ese miércoles once de abril del 2001, fecha que les cambió la vida no sólo a ella si no a su familia. Con su rostro lleno de tristeza narra cómo se encontraba haciendo un sancocho para su familia y los trabajadores, quienes ese día se encontraban cosechando maíz. Acostumbraban a comer en abundancia en tiempo se cosecha, pues su abuela les había enseñado que era buena suerte para los cultivos.

Cuando se encontraba preparando el sancocho, un trabajador pasó por su casa y les avisó que los paramilitares se encontraban cerca, pero ellos no creían que siendo una zona tan apartada llegarán hasta allá. Pasaban los minutos y aparentemente todo estaba en calma, pero unas horas después escucharon unos disparos cerca de la casa.

Llenos de miedo empacaron lo que más pudieron. Teresa, en compañía de su esposo y sus cuatro hijos, dejó todo abandonado, la casa que los acogió durante 17 años, donde esperaba que sus hijos crecieran, las tierras donde su esposo cazaba animales entre ellos monos y guaguas.

A las siete de la noche Teresa salió con su familia y emprendieron camino. No olvida cómo el pánico se apoderaba cada minuto de ella, pues no paraba de imaginar qué pasaría si se encontraban con los paramilitares, qué les iban a decir o peor aún qué les iban a hacer. Esa noche llegaron cansados y lavados a la casa de la señora Matilde para pasar la noche, hicieron una fogata para calentarse y poder secar su sopa.

A las cuatro de la mañana Teresa, su familia y otros habitantes del Naya salieron nuevamente de la zona. Recuerda con tristeza en sus ojos cómo su hija, quien iba al anca del caballo, sufrió ampollas y quemaduras en sus genitales por el pelo del animal, pues por salir de la zona no llevaron suficiente ropa, ni se percataron de ponerle algo al caballo. Suceso duro también para ella y su hija, quién seguía sin entender por qué en medio de la noche habían abandonado su casa y habían dejado todo tirado.

Tiene guardado en su memoria el rostro de una persona caída a la que nunca había visto, pero que reflejaba signos de maltrato, la cual había sido asesinada ese día y su caballo había tropezado en el camino cuando se encontraban huyendo de la zona de la masacre.

Llegaron a El Ceral donde los estaba esperando una chiva para transportarlos al municipio de Santander de Quilichao. Abandonaron sus caballos que, al igual que ellos, habían vivido la noche anterior la violencia. Nunca más volvieron por sus animales y quince años después no saben qué pasó con ellos, pues debían irse como fuera puesto que era el único vehículo que los sacaría.

Después de permanecer un tiempo en asentamientos, Teresa y su familia llegaron a la vereda de Laguna, Timbío, donde viven actualmente. Empezaron a construir nuevamente una vida; en el Naya perdieron no solo su hábitat, sus espacios materiales, su relación ancestral con el entorno, sino que se deterioró su familia, se afectó la soberanía alimentaria,

perdieron la posibilidad de trabajar y cazar libremente al igual que proveerse su propio sustento.

Actualmente, siendo sobrevivientes de la guerra en Colombia, esperan ser reparados y que les restituyan sus tierras. No quisieran volver a vivir en el Naya; no existen las garantías para hacerlo. Piensa que en cualquier momento volverían a entrar y los asesinarían sin compasión. Finalmente, los recuerdos no la dejarían, prefiere seguir viviendo con necesidades, pues por más esfuerzo y trabajo jamás volvería a conseguir lo que tenía allá, pero en la vereda Laguna de una u otra forma viven tranquilos. Tampoco puede olvidar y dejar atrás lo feliz que fueron allá, criando sus animales, comiendo toda clase de carnes, teniendo mucha agua, con una casa grande, viendo sus hijos correr y crecer sanamente.

Para Teresa las mujeres en situación de desplazamiento siguen en la lucha por los derechos humanos sin igualdad de oportunidades y siendo discriminadas; finalmente la violencia seguirá en la vida de las mujeres indígenas que viven el desplazamiento forzado a causa del conflicto armado en Colombia.

Teresa, una mujer con liderazgo, envía un mensaje para quienes lean su historia de vida y expresa que aunque la vida nos golpee hay que seguir adelante con más fuerza. Sus hijos son y seguirán siendo quienes le ayuden a continuar a pesar de todo. Ella, junto a su familia, sigue emprendiendo nuevos procesos de aprendizaje, lucha y resistencia, reconociéndose seres humanos valiosos y con gran dignidad humana.

Despojo de tierras

Marina Perdomo Dagua

Marina Perdomo Dagua nació en El Ceral, donde conoció a su primera pareja con quien tuvo una hija; la relación no funcionó y se fue para el Naya a la casa de su mamá. Luego de muchos años formó otro hogar. A cada una de las mujeres

que con valentía nos han contado su historia de vida, las consecuencias del conflicto armado en Colombia les han arrebatado de diferentes formas a sus seres queridos. Es así como Marina recuerda cómo con tan solo quince días de haber nacido su bebé, en la mañana del once de abril llegó la noticia de que los paramilitares estaban asesinando a las personas, que tenía que abandonar el territorio.

Mientras los paramilitares se apoderaban del Naya, ella encerrada en una habitación con sus hijas Yenifer de tres años y Leidy Johana que estaba recién nacida, su madre y esposo escondían los enseres y objetos preciados. Doña Marina se abrigó y cubrió bien la cabeza y las hicieron ir por una cañada para que se escondieran en el monte. Cuando llegó la razón de que tenían cinco minutos para salir, los fueron a buscar al monte para salir del Naya. Marina no les había podido dar seno a sus hijas. Es así como recuerda en el viaje cómo su hija lloraba de hambre y no había forma de alimentarla. Llegaron a casa de doña Matilde que acogió a cientos de personas en su hogar brindándoles un techo.

En la casa de Matilde calentó un poco de agua y le dio a la bebé, que estaba seca de llorar. Se hicieron al lado de un fogón grande que habían hecho para calentarse un poco. Narra cómo la gente dormía casi una encima de otra y a eso de las dos o tres de la mañana continuaron la jornada en las bestias para poder salir del Naya. Cuando emprendieron nuevamente el camino delgado y lleno de caballos era imposible parar para orinar o cambiar a la bebé por el miedo de quedarse de los demás; así que durante horas la recién nacida, mojada, lloraba hasta que se quedaba dormida y se despertaba a seguir llorando; ya estaba morada del frío. Entonces su abuela recogía del piso las cobijas que iba dejando la gente en el camino para envolver a la niña.

El papá de Leidy Johana, había tomado otro rumbo, por el monte, con los trabajadores, porque estaban indocumentados y los paramilitares pedían los documentos de identificación y al no tenerlos, los tildaban inmediatamente de guerrilleros.

Luego llegaron a Santander de Quilichao, al Coliseo de Ferias, el papá salía a trabajar para comprarle leche ya que doña Marina no la podía amantar. Al bebé le salió una alergia por todo el cuerpo y hasta que se le calló la piel la tuvo en el hospital, falleciendo a los ocho meses. Tuvieron que llevar su cuerpo hasta Pueblo Nuevo, porque no contaban con los recursos económicos para sepultarla en Santander.

Marina Perdomo echa de menos el Naya, principalmente por el agua, la facilidad de alimentos, y recalca que si tuviera la oportunidad regresaría a su tierra natal. Su mensaje es que no haya más violencia y que nadie vaya a pasar por lo que ellos pasaron.

Con alas al futuro

Graciela García – Fecha de Nacimiento: trece de Dic 1971.

Graciela García, estudiante de Salud Propia Intercultural en la UAIIN, (Universidad Autónoma Indígena Intercultural), en la ciudad de Popayán, es una mujer que piensa que el aprendizaje es fundamental y continuo en la vida del ser humano y más en la mujer quien cada día se esfuerza por salir adelante.

A sus 43 años es madre de siete hijos. Graciela, con una mirada triste pero con todas las ganas de salir adelante, relata su vida en el Naya y cómo cambió su vida y la de su familia después de haber salido de su territorio a causa del conflicto armado que los azotó un once de abril del 2001.

Tenía siete años, recuerda con mucha alegría, cuando llegó por primera vez al Naya. Para ella su vida allá era de alegría ya que tuvo la oportunidad de estudiar; se fue a vivir con su abuela donde cursó sus estudios de primaria en la escuela de Timba y, gracias a su desempeño, logró ganarse la beca para continuar con sus estudios secundarios. Tomó la decisión de irse nuevamente donde sus padres para que la apoyaran en el proceso de continuar con sus estudios.

Con tristeza narra cómo las cosas no se dieron como ella lo esperaba y la ilusión de seguir estudiando se desvaneció.

Graciela continuó viviendo en el Naya pero ya no con sus padres sino con su compañero sentimental. Su vida en el Naya era totalmente diferente a la que lleva en la actualidad en la vereda Laguna; no estaba llena de lujos pero sí de comodidades, de buena alimentación. Tenían la oportunidad de cazar animales y también se dedicaba los fines de semana a revender productos en las plazas de mercado del Playón y Rio Mina, como naranjas, chontaduro, maduros, zapotes.

Su mayor impulso para salir adelante han sido sus hijos. Con el miedo de ser violados o llevados a las filas, después de la masacre decidió emprender el viaje abandonando todo. Tres días después de la masacre, en compañía de su hija mayor y sus niños pequeños, salió a las cinco de la mañana hasta Santander de Quilichao. Durante el camino Graciela recuerda cómo encontraban manos, cabellos, ropa tirada de las personas que habían sido asesinadas. Sus hijos le preguntaban qué había pasado pero Graciela no encontraba palabras para expresarles lo sucedido.

Graciela salió de la zona en embarazo. Su vida en Santander fue muy triste, recibieron humillaciones y desprecios, dormían en el suelo y, peor aún, no tenían nada que comer. Días después Graciela tuvo a su hijo en el hospital de Santander. Gracias a una enfermera que la ayudó pudo esos días darles de comer a sus hijos y pasar algunos días de su dieta forzada.

En la actualidad Graciela vive en la vereda Laguna del Municipio de Timbío. El programa mujer le ha servido para capacitarse, pues siendo madre cabeza de familia les inculca a sus hijos la importancia de estudiar, ya que ella siendo líder del grupo de mujeres en el Cabildo Kite Kiwe, siempre se ha destacado por sobresalir: sabe modistería, tejer la lana, hace bolsos y tendidos y dedica su tiempo al estudio.

Como mensaje a las mujeres expresa: "(...) Cuando uno quiere salir adelante y más por sus hijos se puede. Lo que uno se propone lo logra; hay que estudiar, prepararse sin importar la edad que tenga (...)”

Cada día doy gracias a Dios por mi familia

Cristina Rivera – Fecha de Nacimiento: 20 de mayo de 1964

Cristina Rivera, una mujer de pocas palabras y pausada al hablar, vivió durante muchos años en El Ceral, muy cerca del Naya, en compañía de su esposo Alberto Nuseque y sus hijos Bayardo, Ana Lucía y Berenice. Tenían cultivos de café, arboles de frutas como mango, maracuyá, piña. Sembraban y vendían pastos y de esta forma contribuían a la soberanía alimentaria de la región.

Recuerda cómo aún después recibir varios avisos de desalojo del territorio, “continuábamos viviendo ahí de tercicos”. Después de la masacre se fueron a Toez, Caloto, donde vivieron dos años y medio. Luego llegaron a la vereda Laguna de Timbío, donde su único medio de producción de alimento es el café, debido a las condiciones del suelo y a los costos de sacar a flote los cultivos. A diferencia de El Ceral, los sembrados se producían de forma natural, sin la necesidad de químicos para proteger las plantaciones, sin contar con las inclemencias del clima.

Luego de unos minutos de silencio, le agradece a Dios porque no perdieron a sus familiares pero sí le duele la pérdida de su casa, la tranquilidad, sus animales y las cosas que habían conseguido con mucho esfuerzo y dedicación durante tanto tiempo.

En la actualidad llevan once años viviendo en la vereda Laguna. Narra lentamente lo difícil que ha sido empezar de cero, todo el trabajo y las humillaciones a las que se han tenido que enfrentar: “fue muy duro, sin tener nada que

comer recurría a mis vecinos para que me regalaran plátanos y yucas”, y así poder tener algo para brindarle de comer a su familia y poder subsistir.

Como mensaje, doña Cristina Rivera pide que ojalá nunca haya más desplazamientos. Que ninguna persona, sin importar las circunstancias, vuelva a vivir lo que a ella y a su familia les tocó. Fueron episodios de su vida muy traumáticos, en los que no recibieron ayuda por parte de ninguna entidad. Continúa en pie de lucha con su familia, trabajando y buscando la forma de salir adelante.

Conclusiones

- En el caso específico de las mujeres de la región del Naya ahora integrantes del Cabildo Indígena Nasa Kite Kiwe, han sido víctimas directas e indirectas de la violencia que se ha vuelto habitual y se ve reflejada en la continua alteración del orden público, lo que ha ocasionado el desplazamiento forzoso de familias enteras.
- Las familias desplazadas sufren el estrés de un ambiente nuevo como es el caso de las familias indígenas del Cabildo Kite Kiwe. Muchas de ellas anhelan su tierra por que en la actualidad la gente no les brinda el apoyo, la sociedad se ha olvidado de ellas y son discriminadas.
- Las mujeres del Cabildo Indígena de Kite Kiwe son un ejemplo a seguir, muchas de ellas con sus corazones y almas destrozadas reconstruyen de nuevo su familia, siendo ellas el pilar de muchos hogares.
- Por la verdad, la justicia y la reparación, esta investigación rinde un homenaje a los integrantes del cabildo Kite Kiwe quienes en el marco del conflicto armado han logrado sobreponerse a las adversidades sociales, económicas, culturales y, ante todo, a la indiferencia Estatal, recalcando el papel de las mujeres que a través de sus historias han logrado crear nuevos procesos en la construcción de un nuevo plan de vida en beneficio familiar y social.

- Relacionado con lo anterior, uno de los ejes primarios de esta investigación fue el reconocimiento del papel activo que juega la mujer en el marco del conflicto armado, puesto que debe reconocerse que ha sido este género el más victimizado dentro del mismo. No obstante, es de vital relevancia reconocer que han sido ellas mismas las que, gracias a su capacidad de adaptabilidad, han logrado transformar los vejámenes sufridos en nuevos puentes de conexión para procesos grupales de superación que si bien no logran el olvido permiten que el presente tenga mejores expectativas de desarrollo y reparación.
- Ahora bien, en el desarrollo de la investigación se denota claramente la ineficacia de los mecanismos Estatales con los que persigue la reparación hacia las víctimas, puesto que hasta el momento no ha sido posible la resocialización y menos la reparación integral; lo que en el diario vivir se refleja en la pérdida de soberanía alimentaria, territorio y en el paulatino deterioro de la identidad étnica.
- De manera simultánea se hace visible que este proceso logró un cambio en la percepción inicial con la que arrancó el proceso investigativo, en el cual la realidad social nos permitió involucrarnos de manera directa con la comunidad, dando como resultado no sólo un impacto hacia la etnia Nasa sino una retroalimentación que nos ha permitido el reconocimiento y respeto hacia todo lo que conforma los pueblos indígenas, sus conflictos y los sucesos como masacres y desplazamientos a los que han sido sometidos.

BIBLIOGRAFÍA

Aceves, J. (1998). La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación. En Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación,. México D.F.: Prentice : 1998. La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación. En Luis Jesús Galindo.

Mendoza, J. (2005) Éxodo a la memoria colectiva y el olvido social. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.

Lozano, J. E. (1998). La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de la investigación. México.

Valencia, N. M. (2010). Reconstrucción de memoria en historias de vida. Efectos políticos y terapéuticos. Revista de Estudios Sociales, 64-75.

Valencia, N. M. (2010). Reconstrucción de Memoria en Historias de vida. Efectos Políticos y Terapéuticos . Revista de Estudios Sociales.

Silva, L. E. (2004). Corte Constitucional. Sala Especial de Seguimiento Sentencia T-025 . Bogotá D.C.

VERDADABIERTA.COM - (<http://www.verdadabierta.com/masacres-seccion/5031-mujeres-victimas-de-la-masacre-del-naya>)

Colombia, D. d. (2013). Acciones y responsabilidades en la implementación del marco normativo relativo a los derechos de las víctimas a la verdad, justicia y reparación integral. Defensoría Delegada para la Orientación y Asesoría a las Víctimas del Conflicto Armado Interno.

Entrevista a María Eugenia Ramos Pavi

Entrevista a Rosa Elena Ipia

Entrevista a Josefina Sánchez

Entrevista a Teresa Eugenia Muñoz

Entrevista a Marina Perdomo Dagua

Entrevista a Graciela García

Entrevista a Cristina Rivera